

*Alberto Caturelli. EL FILOSOFAR COMO*

DECISIÓN Y COMPROMISO. Imprenta de la Universidad, Córdoba (Rep. Argentina). 1958, 104 págs.

En este apretado volumen ha recogido Alberto Caturelli su experiencia metafísica del filosofar y su experiencia humana de filósofo. Las páginas del libro —transido de sinceridad— dejan entrever el drama que para el autor fue el filosofar, el liberarse de la “filosofía” como repertorio de fórmulas abstractas y recibidas.

Pero comencemos por el principio, como quiere Perogrullo.

Alberto Caturelli, Profesor en la Universidad de Córdoba, se formó académicamente en el seno del tomismo de esa universidad argentina, discípulo de Nimio de Anquín —figura señera del pensamiento tradicional, notable erudito, espléndido tipo humano—, en esa escuela adquirió la destreza y rigor mentales que habían de serle de gran utilidad en su posterior especulación. Pero también adquirió un marbete, el de tomista. La fuga de esa dorada cárcel fue por el arco triunfal (en el sentir de unos) o por la aún tolerada puerta falsa (en la opinión de otros) de San Agustín (“La doctrina agustiniana sobre el maestro”, Córdoba, 1954), y de allí se abrió camino hacia otras regiones, ya sea siguiendo los pasos de Sciacca (“Metafísica de la Integralidad), ya sea bajo la sombra de Heidegger, que se proyecta sobre el libro que comentamos. La preocupación por lo suyo —Argentina, América— lo llevó a hacer su tesis doctoral sobre Mamerto Esquiú (1954), prócer filosófico de Córdoba, y a preguntarse por la realidad espiritual de nuestro continente (“América bifronte”, Tucumán, 1958), pero también a la filosofía políti-

ca, en que representa un valiente derachismo cristiano ("Cristocentrismo", 1957, y "Donoso Cortés, ensayo sobre su filosofía de la historia", 1958).

Para un hombre joven como Caturelli, que ha comenzado a publicar en 1951, es este recuento de libros el testimonio de una disciplina creadora y de una voluntad de expresión verdaderamente extraordinaria.

¿Pero qué hay en todo ello de dramático?

El vencer el rótulo inicial, permaneciendo —desde luego— fiel a su acendrado catolicismo.

Y debió hacerlo porque para filosofar —como el autor mismo lo expone— hay que ser consecuente consigo mismo, es menester aceptar ingenua y decididamente, en compromiso total, la vocación del ser.

Pero el drama sigue, pues eso de meterse a pensar por su cuenta y riesgo, y publicar después lo que se ha pensado, trae por secuela la reacción de los que están encasillados y matriculados en los limpios cuadros de las escuelas, de los que profesan la filosofía sin ser filósofos, de los cálices.

Todo esto se entrevé en el libro, como si las "confesiones fueran el subsuelo del cual ha nacido este ensayo, serio y enjundioso, pero lleno de *eros* metafísico. El libro está montado sobre algunas líneas de fuerza —vigas maestras—, que son Platón (mito de la caverna), Heidegger (pregunta por el ser), San Agustín, y se dirige a una superación de la finitud heideggeriana en el Principio Absoluto, donante del ser descubierto en la develación filosófica.

No haré una exposición del contenido de la obra, pero quisiera señalar algunos puntos en ella que me parecen de importancia. El filosofar es entendido como respuesta a la vocación del ser; el filósofo es un des-equilibrado, porque se encuen-

tra en un estado medio, de tensión, entre la sombra que quiere abandonar y que sabe sombra y la (por la filosofía nunca totalmente alcanzable) luminosidad; o dicho de otro modo: se hunde en la clara oscuridad del ser. El filosofar es el ser del filósofo, y este ser implica una decisión total ("Nada más alejado de la auténtica actitud filosófica que el eclecticismo que es una forma disimulada de no tomar decisión; en una palabra, de no filosofar. Porque filosofar es una tarea riesgosa, en la que se compromete el todo"). El "ser en bruto" es el nombre que acertadamente Caturelli da a la instancia ontológica anterior a la bifurcación de sujeto y objeto, anterior también a su captura por las aristas categoriales. Hay un explícito desprecio por la refutación —el "enfrentamiento"—, generalmente a base de conceptos y distingos prefabricados, y la urgencia hacia la penetración del pensamiento diferente del propio, para ver su aproximación al ser.

Carácter casi panfletario —muy propio de la a veces brutal sinceridad de Caturelli— tiene el capítulo sobre "Desequilibrio y cordura", verdadero libelo acusatorio contra los "epigonos de epigonos", pseudofilósofos y retóricos de manual.

Caturelli es uno de los efectivos y promisorios valores de la nueva generación iberoamericana: pensamiento vigoroso, buen *métier* tradicional, temple de ánimo y superior calidad humana le garantizan un porvenir en la filosofía de nuestro continente. Quien lea este pequeño libro que comentamos, encontrará aquí o allá algún defecto de forma, algún apresurado juicio, algún punto discutible, pero ello dentro de una corriente especulativa auténtica y noble, sin falsos arreos, con genuino amor a la verdad y la sabiduría. Y, sobre todo, hay vuelo propio, y de volar se trata para salir, de la caverna de las siluetas, hacia la Luz.

ALBERTO WAGNER DE REYNA.